

Catalina Ortiz de Rozas y Lucio V. Mansilla ***La esquiva fortuna del amor***

Ana Silvia Galán
Buenos Aires: Planeta, 1999
172 páginas.

Con la publicación de *Catalina Ortiz de Rozas y Lucio V. Mansilla. La esquiva fortuna del amor*, de la profesora y licenciada pampeana Ana Silvia Galán, la editorial Planeta enriquece su Colección de Biografías Apasionadas. En la novela, si bien se relata la historia de amor entre Catalina Ortiz de Rozas, prima hermana y luego esposa de Lucio Mansilla, la autora logra, con una prosa clara y ágil, convertir la anécdota íntima de la vida de Lucio Mansilla y su esposa Catalina en un disparador de resonancias múltiples, de voces acalladas de la historia. Por ello, la obra no sólo tiene el mérito de entretener por su rigurosa investigación histórica, pero de escritura novelesca, sino por articular la biografía de un hombre con la autobiografía de una nación.

Sus protagonistas, Catalina y Lucio, provienen de familias

poderosas, prestigiosas y con activa inserción en los procesos políticos del momento. Catalina carga con el peso de un apellido que luego sería teñido de sangre y crueldad a causa de la política despótica del “tirano” gobernador, el general Juan Manuel de Rosas. Por su parte, Lucio proviene de una familia de destacados militares y hombres de acción; goza del prestigio social y económico que sus antecesores y parientes han conseguido y conservan. Por vía materna, Lucio está ligado a la familia de los Rosas; es sobrino del gobernador.

Cuando se plantea la posibilidad de unirlos en matrimonio todo parece auspiciar un éxito. La relación de ambos es apasionada, pura explosión y vértigo. Sin embargo, pronto surgirían las sombras. Los actos compulsivos del movedizo e inquieto Mansilla, cuya recia y

atractiva presencia no deja entrever la inseguridad, la versatilidad y el narcisismo provocador de su espíritu, somete a su familia a vaivenes, traslados, ausencias y separaciones prolongadas. Pero los golpes más duros que padece la pareja vienen de la mano de la enfermedad y la muerte que, poco antes o poco después, les arrebató a sus cuatro hijos. Lo que en un principio pareció ser expresión de amor total y recíproco se va desvaneciendo pese a los esfuerzos incansables de Catalina por mantenerlo prendido.

Tras la figura pública de un Mansilla que nunca logró definir totalmente su vocación, hombre polémico, amante de la vida pública y sus placeres, escritor y periodista inquieto, que ocupó deslucidamente funciones en el ejército y en el Estado, asoma el silencioso heroísmo de Catalina, mujer de delicada inteligencia y cándida virtud, compañera fiel y abnegada, madre amorosa, mediadora, secretaria, confidente, que soportó los egoísmos de su marido, lo acompañó, le brindó todo su amor y le construyó un refugio entrañable que lo contuvo y lo sostuvo. Pero todo se apagó

aquella noche cuando Catalina sintió el “abrazo frío” de la muerte; el concupiscente Lucio siguió viviendo y desvaneciéndose en la inconsistente vanidad del mundo que tanto ponderaba.

La historia de este amor se presenta como una contramé-táfora de la historia nacional que la enmarca. Cuando el país se desgarraba en faccionalismos, conflictos de poder, guerras internas y agresiones externas, y las ciudades debían enfrentar las precariedades derivadas de su condición de periféricas, el amor de Lucio y Catalina rebozaba y explotaba en proyectos. Pero a medida que transcurre el tiempo, el sentido del proceso de ambas historias, felizmente articuladas en la novela, se invierte: el país avanza hacia la afirmación institucional y sienta las bases del crecimiento social y económico; a fines del siglo XIX la nueva República se abrió al mundo y el mundo entraba en sus puertos convirtiendo la fisonomía y la vida cotidiana de las ciudades, sobre todo de Buenos Aires. En cambio, la pareja arriba al final de su historia junta, encerrada en un mutismo de soledades y gestos repetidos y vacíos. Aquel amor,

que nunca se terminó de asentar en la reciprocidad se redujo a un acompañamiento callado entre dos seres que compartían una morada, pero ya no una historia.

Escrita en una prosa ágil que lleva a una veloz lectura, la novela continúa el rescate y reencuentro de otros objetos de estudio, como lo son los múltiples roles que ha desempeñado la mujer en la historia de Occidente. Catalina representa el canon de una época: respeta los valores y los códigos impuestos por una cultura de tintes misóginos. Callada, complaciente y comprensiva, la fiel y leal Catalina fue, sin embargo, mucho más que esa sombra que acompaña al hombre público, fue la co-responsable del éxito de su esposo.

La novela se inscribe en el género literario de la biografía, pero se combina con la narración histórica, pues hace uso de recursos documentales de diferente índole (cartas personales, notas periodísticas, ensayos, diarios de viajes, etc.) que organizan, cronológicamente, y producen un “efecto de realidad” en la narración de la vida privada y pública de la pareja protagonista, articulada hábilmente con el

contexto histórico en el que se inserta.

En la actualidad existe cierto consenso en reconocer la pertenencia de la Historia a lo narrativo, es decir, en advertir una vinculación estructural entre relato de ficción y el relato histórico. Sin embargo, esta vinculación no supone identidad, pues la narración histórica implica una operación cognoscitiva que plantea como central la posible inteligibilidad del fenómeno histórico, a partir de un uso controlado de las “huellas” del pasado, analizadas en relación con el sistema de interpretación en el que fueron gestadas.

La inteligibilidad de lo estudiado debe estar garantizada, por ello, el historiador debe realizar análisis críticos de las huellas del pasado, que ha seleccionado como corpus documental para investigar el fenómeno en consideración. Asimismo, dicho análisis está regulado por las técnicas de análisis textual refrendadas, que corresponden a diferentes métodos. Como resultado de estas tareas se produce un texto que se considera como una reconstrucción validada del pasado. De

todos modos, el margen insuperable e irreductible de incertidumbre no desaparece. En efecto, considerado como discursividad, el relato histórico implica la producción de textos que, de diversas maneras, combinan una construcción de sentidos con una selección de "huellas" (semantización del material) y ordenan una inteligibilidad junto a una normatividad que impone a su público. A nivel de organización interna, el discurso histórico presenta un contenido verdadero —que depende de la verificabilidad— bajo la forma de una narración. Ahora bien, en la Historia la verificabilidad se sustituye por la verosimilitud; por ello, el discurso histórico necesita de la autoridad para sustentarse: citas, referencias y todo tipo de remisiones. Este corpus referencial citado cumple la función de acreditar el discurso y de introducir el "efecto de realidad". Desde este punto de vista, lo citado y referenciado es fuente de confiabilidad, condición necesaria del relato histórico. Por ello, el discurso histórico implica una operación que es crítica y constructora al mismo tiempo. Es justamente en su relación especí-

fica con la "verdad" que el relato histórico se aparta de los demás, pues los condicionamientos de verosimilitud y confiabilidad que pesan sobre él no pesan con el mismo valor en otros tipos de relatos. En la novela, por ejemplo, lo citado se puede llenar con predicados variados y a diferentes ritmos: su autonomía no deriva de ese saber referencial.

Estas digresiones acerca de la especificidad del discurso histórico nos permiten realizar algunas observaciones respecto de la novela de la profesora Galán. Si bien se encuadra en un género literario que subsume una intencionalidad histórica, como lo es la biografía, la obra no es un relato histórico porque no constituye una narración "válida", según los criterios mencionados.

En la novela la autora incorpora fragmentos seleccionados (citas) de material de época pero con la función de terminar una afirmación, para completar una idea; es decir lo citado no está subordinado al texto de la autora a fin de validar sus afirmaciones, sino que operan al mismo nivel. Vale decir, no se analiza críticamente el material referenciado en función de hacer un relato

“verdadero” (histórico), sino que es usado como expresión portadora de la verdad. Es más, lo citado funciona como la voz de la verdad del “así fue”. Este uso de la cita resulta una estrategia retórica eficaz para producir un efecto de verosimilitud en lo narrado, que en la novela está logrado plenamente. De todos modos, es necesario recalcar que la adecuada selección de los fragmentos documentales incorporados a la narración de Galán remite a un riguroso trabajo de búsqueda, rastreo e investigación cuyo resultado es una ficcionalización “verosímil” de un hombre y de su entorno socio-histórico.

La profusa publicación de novelas biográficas que abordan los temas históricos desde una

perspectiva literaria pone en evidencia su funcionalidad como producto cultural mediante el cual la sociedad se da una historia desde el presente; se narra a sí misma y, por ende, se define y redefine en el tiempo. Porque, en definitiva, escribir sobre la vida de hombres y mujeres que hicieron la historia, más allá de las diversas formas en las que se narre, es siempre escribir sobre nosotros mismos. Es mirarnos en el espejo de los otros para tratar de entender quiénes somos.

Valeria Marina Elizalde
Universidad Nacional de
La Pampa